

37

Marzo, 2017

Penumbria se forma utilizando software y tipografías open source.



Aquel encuentro con el vendedor de imendas, aquel banquete ofrecido por él, todo había sido parte del plan urdido por Akumebe y ella para llegar a aquel momento. Efenewa jamás tendría una hija, pues las odaboi eran estériles; los Banwili celaban sus dádivas y no permitirían que obstáculo alguno se interpusiese en la senda de las mujeres que elegían. Ella nunca vería su oscura piel, sus largos rizos y marrones ojos en algo más que no fuese el reflejo de su rostro en el agua de un río.

—¡Mátalo! —repitió Akumebe.

Cuando la duda finalmente se disipó de la odaboi, una fuerte ráfaga de viento arrancó de sus brazos a la niña, elevándola en el aire a la vez que era envuelta en un remolino de sombras. De la oscuridad emergió una mayestática mujer desnuda que se alzaba por encima de ellos. Pareciese que en su derredor flotaban pequeñas partículas oscuras semejantes a una nube de cenizas. Akumebe se abalanzó contra ella, pero la encarnación del Chizoka se esfumó junto a la oscura aura que irradiaba. Efenewa y su kalunye habían fracasado, la destrucción de la Sabana Eterna era inminente.

Inmortalidad

Daniel M. Olivera
México

Nunca, en toda mi vida, había conocido el mundo que existía fuera de mi habitación. Diecinueve años sin sentir el viento o el sol durante un único segundo de mi existencia. Mis padres nunca lo permitirían. Temían que yo, su única hija, cumpliera en carne las pesadillas de los habitantes del pueblo.

Mis padres lloraban por lo menos una vez a la semana, por las noches: sus vecinos los odiaban, los insultaban, arrojaban rocas, animales muertos y pestes a nuestra casa. Mi madre rezaba fervorosamente para que Dios me arrancara la existencia.

La única persona que entraba en mi habitación era un anciano sacerdote, el cual estaba casi ciego. Él tomaba mi confesión semana tras semana, sin falla. Dejó de asistir cuando, al darme fuerza, me tomó de la mano y luego tocó mi rostro: salió con rapidez, tropezando y murmurando en su huída.

Mi cuerpo era una prisión dentro de una prisión. Yo estaba acostumbrada a las deformidades de mi rostro; a mi piel reseca, irregular y enferma. Los tumores y escoriaciones de mi carne dolían como un infierno, pero estaba habituada a ello desde mi nacimiento.

Por las noches, me drogaban para que no despertara a nadie con mis aullidos de dolor.

Tenía sueños maravillosos.

En ellos, yo era un apuesto y joven profesor de otro tiempo: un siglo que no lograba reconocer. En cada sueño, seguía a un grupo de hombres morenos y casi desnudos. Nos adentrábamos en el corazón de la selva. Yo avanzaba dando tajos con los machetes; las botas sucias por el fango y la ropa empapada por la lluvia. Únicamente nos deteníamos para comer insectos y pequeños animales. Allí aprovechaba para revisar los antiguos mapas y libros que llevaba conmigo.

Al despertar, regresaba a mi realidad: el sótano con olor a orina y mi carne llena de teratomas.

Esos sueños eran mi única felicidad.

Finalmente, mis padres encontraron un método para deshacerse de mí: me entregarían en matrimonio.

Mi esposo llegó una noche oscura, en la hora exacta cuando nadie podía verme. Me cubrió con un velo negro y me llevó fuera de la celda donde había pasado mi vida entera. Ese fue el único momento en que pude observar el cielo abierto: era hermoso. Necesité mucho esfuerzo para subir a su carruaje, ya que mis rodillas deformes se negaban a doblarse.

Mi esposo olía delicioso y estaba bien afeitado.

Durante el viaje, él exigió que no me despojara del velo. No pude mirar ni un poco del mundo extraño y desconocido en el que vivíamos. Al llegar a mi nuevo hogar me recluyó, casi desnuda, dentro de una jaula, la cual reposaba en el interior de una carpa que no me permitía ver el cielo.

Todas las noches las personas pagaban para verme y se horrorizaban. Me arrojaban huesos y basura. Me lanzaban esputos babosos que escurrían por mi rostro y me gritaban horribles insultos que me despojaban de mi dignidad.

Mi esposo llegaba horas más tarde de que la función había terminado. Venía acompañado de sus amigos y sus amantes, quienes me azotaban con correas de cuero y perforaban mis tumores al clavarles la punta sucia de una barra de hierro.

La última noche me azotó la cabeza con tal fuerza que quedé inconsciente hasta la mañana siguiente.

Mi sueño fue diferente en esa ocasión.

Los hombres morenos habían huido despavoridos por la selva. Yo, el explorador en sueños, entraba a un templo que parecía haber sido construido con los cuerpos de enormes insectos metálicos. Las columnas eran hélices perfectas, seccionadas, llenas de púas y ojos por doquier. Las puertas, los bancos, las mesas eran para hombres dos veces más altos que yo. Las paredes tenían aspecto orgánico: el interior de un costillar, una multitud de patas de insecto, los apéndices de un calamar. Cada objeto, cada lugar era

de un metal oscuro y brillante. Había una atmósfera decadente y malsana, como una enfermedad que ha durado varios siglos.

En una de las cámaras, varios sarcófagos extraños y oscuros reposaban, alineados, como féretros. En su interior descansaban, petrificados, seres que no podían ser humanos.

Entonces, en el sueño, un tropiezo me derriba hacia el interior de una de las tumbas abiertas, vacía.

Desperté con un sobresalto.

Uno de mis ojos había sido arrancado junto a un trozo de mi rostro y algunos de mis dientes flotaban, rotos, en el interior de mi garganta. Una de mis piernas también estaba en carne viva, con los tumores expuestos como nunca los había visto. Tenía ardores horribles en mis genitales; de los muslos escurrían sangre y babas.

Cansada, usé mis últimas fuerzas para rasgar mis harapos y fabricar una cuerda. Hice una pequeña horca, la cual sujeté con fuerza de una de las barras de la puerta, a un metro de altura. No lloré ni una sola lágrima mientras me dejaba caer al piso para dislocarme el cuello. Fallé: tardé varios minutos en perder la conciencia.

En ese momento, desperté.

Hubo un momento de confusión, como siempre que regresaba a la realidad. ¿Qué año, qué siglo sería éste? ¿Cómo fue que esa mujer deforme me había soñado? ¿La vida de cuántas personas había representado hasta ese momento?

Aún me encontraba dentro de ese maligno sarcófago en el que había caído durante mis investigaciones para la universidad. Sabía que mis guías y sirvientes indígenas habían muerto en la selva varios siglos atrás.

Todo mundo se había olvidado de mí y de aquél templo biomecánico donde me encontraba prisionero. Mi cuerpo se había petrificado; mis ojos no eran más que un montón de ceniza.

Sin embargo, esas probóscides como patas de cangrejo seguían clavadas en mi cráneo y me mantenían consciente, inmortal, atado a ellas. Vivía, una y otra vez, cientos de atormentadas vidas que no me pertenecían. Sólo me quedaba esperar; esperar que alguna de las visiones que había experimentado hasta ese momento me liberara, de una vez por todas, de mi inmortalidad con la muerte tan largamente ansiada.


37
Penumbria
Revista fantástica para leer en el ocaso
SANDRÓGINA